

textos

libros

Pulsando las cuerdas del día, (Marcos Lorenzo, *Liquidación de existencias*, Difusora, Ourense, 2005)

Madrid, 25 de junio de 2006.

No soy nada. Nunca seré nada. No puedo querer ser nada.

Esto aparte, tengo en mí todos los sueños del mundo.

F. Pessoa

1- Un libro vale la pena si no es un "libro", quiero decir, algo hecho solamente con palabras, información, cultura, ideas, viajes, lecturas. Quiero decir, vale la pena si es medicina hecha con el miedo de vivir, un brevaie mezclado para sobrepajar al veneno del tiempo, para navegar en la exterioridad del mundo. En este sentido, estamos de suerte. De un vistazo *Liquidación de existencias*, título que alude al saldo que hoy es norma -la existencia es la primera materia prima en este "todo a 100" del supermercado global-, es tan múltiple como esta misma época. Contiene distintas tipografías, dos idiomas, textos muy distintos, largos, cortos, confesionales, poéticos, reflexivos, sociológicos, existenciales... La primera impresión es la de esta variedad caleidoscópica, que nos tranquiliza. Sin embargo, pronto se nota el rumor de un bajo de fondo, la impertinente coherencia que recorre las partes, como si todas hablasen de una sola cosa. Una sola experiencia, diríamos, que solamente puede expresarse *una a una*, con la singularidad de lo vivido, a golpe de sangre.

2- Los "intelectuales" son -somos- en general tan narcisistas, tan pagados de nosotros mismos, que nos permitimos el lujo de ahorrarnos la coherencia, la simplicidad de la vida común. Podemos vivir en el manido "fragmento" porque en realidad lo unitario, por detrás, lo pone férreamente la empresa del nombre propio, la de la imagen. No es el caso de Marcos Lorenzo, quien mantiene, bajo un ropaje provocador, una sobriedad casi científica por mantener el hilo de la experiencia, esto es, el de unas pocas preguntas. Para empezar, Lorenzo escribe demasiado bien para que esto sea sólo un libro bien escrito. Detrás está el yunque del dolor, el oro que se acrisola en el fuego. Me alegra suponer que otras lecturas partirán ya de una impresión diferente. Es algo que relaja mi propia interpretación.

3- *Liquidación de existencias* es un ensayo sobre la inseguridad de vivir. También un dietario del viaje infatigable en el que estamos inmersos cuando precisamente uno no va a ninguna parte. Un diario del otro que somos mientras somos honestos, mientras el peligro brota de una vida que no está bajo la cobertura de la socialización. Es ese estupor, ese autoextrañamiento el que permite incluso hablar de sí mismo con descaro, como si uno fuese otro (p. 131). Este libro la decisión moral de vivir al desnudo, de alimentarse de una socrática ignorancia y despertar continuamente a una existencia que siempre es distinta, mutante, reapareciendo por fuera. Como si nada estuviera asegurado y persistieran preguntas lacerantes.

Creo que era Balzac el que decía que la verdadera moral comienza por infringir la moral triunfante. Esa es la línea. En cualquier caso, como nadie se baña dos veces en el mismo río, en cada pasaje de este libro el autor vuelve a partir de cero, resurgiendo de sus propias cenizas. Francamente, no todos los días podemos asistir a este ejercicio de experimentación consigo mismo, a una antropología en crudo de la clandestina deriva a la que la sociedad del espectáculo ha arrojado a las vidas.

4- ¿Donde se juega hoy lo que pueda ser una *ontología* -esa que Houellebecq dice que "necesitamos"-, palabra que aparece con una extraña frecuencia en este libro? En la analítica existencialista de un *Dasein* que, a pesar de la tecnología y el consumo, se sigue jugando su cielo en sus cotidianos modos de ser. Por lo pronto, no hay ninguna superposición de mensajes en este libro de distintos pisos. Es que la vida es así, un *continuum* de la discontinuidad donde se entremezcla el monólogo interior con la anotación del farrago externo, la reflexión con la sensación. Tal como se ve, por ejemplo, en el *Ulises* de Joyce. El sistema de la emoción, el prejuicio de la razón. Creer que se sabe para saber que se cree. El penetrante apunte sociológico se enlaza con la confesión que raya lo impúdico, pongamos por caso, en esos "episodios cíclicos de confusión y desánimo" (p. 139). De la profundidad cuasi ontológica al fognazo sociológico existe una fluida complicidad, como si aquí, y ahí, y allí, pudiera aún haber dioses. Cierto, nada es simplemente privado, menos aún patológico, si pasa por el tamiz de una relación desnuda con la universalidad del vacío, de ese misterio elemental que tememos. Mientras la izquierda no afronte esa politicidad de lo impolítico, saltando por encima de su propio oscurantismo, no dejará de ser más que una derecha con estilo.

5- Sobre la rara solvencia filosófica de este libro, recordamos un par de conceptos que reaparecen con frecuencia. *Zumbido* es el continuo de percepciones irreductibles a código (p. 92). A la manera del ser-devenir de Deleuze, zumbido es el rumor de la vitalidad elemental, el magma de lo vivenciable. Nada es en el devenir sin sentido, sin rostro, pero hay que captarlo. El devenir es el magma de lo vivido, la materia prima del pensamiento. Por delante iría ese rumor; detrás, la razón, cojeando[1]. Las *virutillas* son el resultado, fractales de existencia (p. 167), cristalizaciones que afloran en el zumbido. Virutilla es "algo que ocurre". Coágulo caprichoso, unidad básica del extrañamiento, las virutillas configuran una singularidad (p. 121). Cada gramo de sentido o virutilla es una mónada o *haecceidad*, un *pliegue* del afuera-zumbido que no cesa de devenir. Se trata, digamos, del holismo del pensamiento, pero concentrado en un punto, un *absoluto local* universalmente singular, contingentemente necesario. Es una suerte de individuación por indeterminación, un monismo de lo múltiple: en cada gota de agua, toda la profundidad del mar. Aunque pocos, tal vez solamente Michaux, hablan desde el zumbido mismo (p. 216).

6- *Liquidación de existencias* está dedicado a los cercanos, qué menos. Si uno mismo ya es un extraño, con más razón lo son los hermanos o la novia. Ya no es poco mérito que en medio de una humanidad socializada hasta la saciedad -valga la redundancia- haya alguien que se atreva a pensar por cuenta propia, obedeciendo a la otredad del sí mismo. Podríamos decir que, invirtiendo los términos habituales, Lorenzo utiliza constantemente el protestantismo de la existencia contra el nuevo catolicismo de los medios. El católico -dice- problematiza el mercado y

naturaliza la persona, mientras que el protestante naturaliza el mercado y problematiza la persona (p. 108). Frente a esta dicotomía, nuestro libro trabaja una línea de sombra anterior. Ni puede conformarse con la cultura del éxito que se nos vende, ni puede abandonar la estúpida deriva común que casi nos ahoga. Con una especie de estoicismo epicúreo (p. 71), de sarcasmo descorazonado, busca hallar la profundidad en la fulguración de la superficie. Esto logra hallazgos de tiempo muerto que reúnen indiscerniblemente lo más lento y lo más rápido.

7- Que aparezca con esa extraña frecuencia la palabra ontología es un síntoma más de que al autor le importa tensionar al máximo la llaneza de las cosas, encontrar ahí la hondura. Como si Marcos Lorenzo tuviera el coraje de saber que es obligatorio, por imperativo de supervivencia -y para no pasarle el muerto a otro- descifrarse, interpretar la sombra que va delante del cuerpo, ese doble inconsciente que nos precede. La fuerza política del deseo, que ni es pública ni privada, antecede aquí a la identidad civil, a cualquier ideología. De ahí esa pasión por escuchar el cuerpo como "vía cualificada de sabiduría" (p. 132), por poner el pensamiento donde late la carne, donde la vida vibra. Nada que ver, pues, con la "histeria antivitalista" propia de lo que se llama oficialmente filosofía. Si la ontología es, según aseguran algunos clásicos, la crisis de lo óntico, Lorenzo no se ahorra en esa vía dificultades. Afronta la circularidad de quien no tiene su vida asegurada, de quien ha de atender a un "sí mismo" del que brotan todos los peligros. Sólo es mala, confiesa, la circularidad de radio corto (p. 192). Me temo que en este punto *Liquidación de existencias* se adelanta en mucho al nivel de conciencia medio de la progresía hispana. Como es costumbre, ¿se le hará pagar cara esta osadía con una hostilidad sorda?

8- Aforismos, confesiones, reflexiones políticas, letanías, dobles sentidos -a veces cercanos a un Baudrillard. Lorenzo intenta poner el sentido en cada *viruta* del día, en el resto de ceniza de cualquier segundo. Como si él, que a veces logra ser cualquiera, intentara defenderse de este poder bacteriano de la actualidad con un terrorismo existencial que puede estallar cada minuto, propiciando la fuga a un universo paralelo -que no haya otra vida es perfecto para la circulación capitalista (p. 202). Bajo la superficie pulida de nuestro confort, Lorenzo mantiene la voluntad política y metafísica de preguntarse en cada caso quién es, quién debe ser. En este aspecto, su libro intenta liberarnos paso a paso de este global-socialismo de la cobertura, el consenso, la comunicación. Como se ha dicho en algún lugar, se escribe para volverse uno *impersonal*, para liberar la existencia de las coagulaciones históricas que la cercan. En otras palabras, para desprendernos sin cesar del personaje civil que inevitablemente somos y regresar a la pulsión que late abajo, en una senda inmanente. Escribir es, en este sentido, un ejercicio de traición a la civilidad moderna en aras del mundo ético de las afueras. Cualquier libro hecho con este método sólo debería contener en voz alta las preguntas que en secreto se hacen todos los hombres. Por favor, sometan *Liquidación de existencias* a tal prueba.

9- Trascendencia inmanente, pegada a la vida. El hombre medio, digamos, corroído por la técnica y lo social, es un marginal en el mundo de los sentidos. Él cree que esto es lo normal, lo seguro, y la sociedad entera avala tal dogma, que prohíbe una relación directa con la tierra. Pero al final todo es un accidente y la vida siempre se dilucida en momentos excepcionales donde la cobertura social no cuenta. Ahí cada minuto es el último. Consciente de esta verdad premoderna

y postmoderna, Lorenzo parece entregarse a lo frágil para hacerse fuerte. Como el alacrán, algunos sujetos son al mismo tiempo su entorno, su campo de acción: sin medio externo, han de crearlo de paso que corrigen su rumbo (p. 196). De ahí ese incesante retorno de la *infancia* como horizonte por venir, silencio de tecnología punta que acompaña a todas las edades. Este modo de ser es agotador, sin duda, pero en la medida que se adelanta a la catástrofe, nos hace invulnerables al mal de la rutina. Sea cual sea el contexto, vives en el vórtice una región remota. No hay contexto, en realidad, pues *la puntuación sin texto* que es la vida precede y espera por todas partes. Piensas entonces por afectos, no por conceptos disciplinados, por referencias o lecturas. Estás obsesivamente atento a las pequeñas esquinas donde se juega la vida. ¿Es esto compatible con el poder público en esta sociedad carnívora? Es una pregunta, moral y vital, que a buen seguro Lorenzo se sigue haciendo.

10- A la manera de la *mónada* de Leibniz, del *Dasein* heideggeriano, toda relación es posible porque ya estaba dentro, brotando de ese fondo sombrío que no se puede abandonar, que obliga más bien a abandonar la sordera de lo que ha triunfado. Traicionar, nomadear en un registro de vagabundeo. Mantener una mano en la mesa del festín público y otra abajo, sin olvidar las sobras que caen bajo la mesa, pasto de perros y pordioseros. De ahí proviene la admiración por algunos personajes como Bataille, John Coltrane, Cortázar o Philip Glass -el caso de Houellebecq es para Lorenzo diferente-, que son queridos porque violentan las melodías con balbuceos y resoplidos (p. 114). Esta lírica *fractal* hace tartamudear el lenguaje mayoritario y, una vez más, esto no es precisamente pesimista, puesto que cierta clase de música sólo suena si la partitura se rompe. Como decía Debord, es hermoso, aunque sea en modesta medida, contribuir a la crisis de este mundo opulento.

11- Uno de los teoremas recurrentes es que la inmediatez consumista, el recambio constante liquida la épica, ese peligro que el hombre necesita para ser libre. En medio de nuestra deconstrucción de cualquier referente, deconstrucción extremadamente edificante para el poder de lo social, Lorenzo reivindica la autoridad de la experiencia, incluso de la patología natal. Se trata de la fidelidad a lo real, ese real sin mediaciones, tocado por lo imposible del ser único. Quien siente que sin gravedad nos dispersaríamos (p. 30), tiene también el ansia de buscar unos límites, un choque con lo intolerable, lo que ha sido excluido para que todo funcione. "En medio de ese prado sin horizontes ya no sabes hacia dónde ir, pues todo es transitable y nada es camino" (p. 109). Esta realidad subtitulada, la sopa de letras de la comunicación atrofia nuestra maquinaria expresiva. De ahí la reivindicación de cierta virilidad. De ahí también una feliz y despreocupada incorrección política, que ni siquiera toma en serio la voluntad programática de escandalizar. Sentimos en *Liquidación de existencias* una voluntad de localizar la violencia del sentido. Por el contrario, según el autor, la exaltación del respeto mutuo esconde una apuesta por el autismo (p. 66). Frente a él se despliega entonces una anarquía sin programa, sin héroes ni tradición gloriosa. Desde el zumbido de una hora huérfana, es preferible la emoción de la guerra, el acoso injusto al otro, que este fascismo de la indiferencia que nos rodea.

12- *Liquidación de existencias* afronta la agotadora tarea de lograr ser alguien sin renunciar a ser cualquiera, al impersonal, al donnadie que pulsa en la planicie cotidiana. Todo ha de ser acogido, anotado, dignificado porque, quien no tiene más que su experiencia, la ceniza del último

minuto, no tiene más esperanza de salvación que la de entregarse en cada punto a la perdición de una vida desconocida, de la que brota el lenguaje. Precisamente la escritura es el testigo de esta función del conocimiento arraigada en la misma vida. Esto significa algo así, insisto, como tomar la decisión moral de vivir en una perpetua inmadurez. La decisión de ser fiel a una parte inmadura, infinitamente adolescente, que vacila en el umbral de cada decisión, de cada actuación individual. ¿Es en realidad otra cosa la literatura, la poesía, el pensamiento?

13- Hablamos de una inestabilidad que es directamente proporcional a nuestro perfeccionismo (p. 139). Igual que un gigante puede ser herido por un mosquito, algunos -por generosos- carecen de la vacuna de la parcialidad, de la defensa de la mezquindad. Han de reconstruirse constantemente desde cero, desde unas crisis mudas. Entre la depresión y la euforia, tienen dificultad para los términos medios. Ciertamente, es difícil no sufrir un trastorno más o menos "bipolar" cuando el bien y el mal están dentro de ti y te importan de manera tan arcaica. De ahí una "voluntad en zigzag", una dificultad para el control del mediocampo (p. 111) propia del genio creador. Estás condenado a la oscilación un poco inconfesable -que en este libro se confiesa- entre el estupor solitario y la socialidad eufórica. La plenitud es nuestro ideal, la desdicha nuestra práctica (p. 206). No hay atajos, ni un metalenguaje desde el que sentirnos seguros. Es preciso interpretar cada situación sin presupuestos (p. 205), casi con el método salvaje del ensayo-error.

14- En algún lugar Deleuze recuerda que no hay un solo artista o pensador que no atraviese estas crisis. El pensamiento de Pasolini, o el de Foucault, más que evolucionar y dejar atrás estadios, conquistando nuevos niveles de estabilidad definitiva, procedía por crisis, a sacudidas. Nadie en el fondo puede librarse de estas crisis, un suelo *sísmico* del que también habla Jünger. Es ese rasgo de tartamudez, de torpeza, el que les concede a algunas personas un encanto peculiar, a un paso de volverse imperceptibles. En todo caso, ese temblor confiere a algunos una coherencia superior, la facultad de desviar la línea, de cambiar su orientación, de encontrarse de nuevo en alta mar y, por tanto, de descubrir e inventar. Se trata, podríamos decir, de un registro clandestino del pensamiento, un estado nómada. Mientras los demás siguen hablando de cualquier cosa, alguien se fuga a un volcán y vuelve con los ojos enrojecidos.

15- Por un lado, celosos de nuestras intransitables sendas perdidas, sus derroteros solitarios. Por otro, sociales hasta el puterío. En esta dicotomía vivimos los que no queremos rendirnos a la facilidad general ni tampoco ser marginales. Más bien el imperativo moral sería llevar una y otra vez el temblor de la marginalidad al centro. Precisamente para eso somos ambiciosos, imbuidos de cierta pasión pública. No sé, tal vez la tarea adulta, si es que queda alguna, consistiría en alcanzar una cierta soltura en esa oscilación, un cierto *descaro jovial* en el hundirse y levantarse constante. Aunque un personaje de Beigbeder diga: "No puedo tener hijos porque cada día renazco de mí mismo. Yo soy mi propio hijo", lo cierto es que sólo la inestabilidad puede *descender*, generar algo nuevo. Por el contrario, la pureza es monstruosa, no puede amar nada desconocido. Y Lorenzo no deja de acusar de puritanismo, de autismo preventivo, al conjunto de nuestro sistema social. Practica una aversión a nuestro higienismo y corrección, a ese holocausto diario de cámara de gas desparasitada (p. 60).

16- Nuestro escritor comulga con una fe que no sucumbe en la espera, que no depende de lo consagrado. Más bien se alimenta de la incertidumbre. En efecto, algunas existencias se aseguran en cuanto se arriesgan, se pudren en cuanto se atrincheran. Como decía Novoneyra, en lugares cerrados o instituidos siempre hay alguien que enmudece. Es un poco la lógica del autodidacta: uno ha crecido tan solo, la vida ha estado tan en peligro que después, cuando el mundo llega, nada instituido puede absorberse sin que pase antes por la criba de una áspera soledad, cierto desánimo, a veces una funesta sensación de pesimismo (p. 83). Es como si uno jamás pudiera especializarse anímicamente, madurar del todo. De ahí vienen las luminosas observaciones propias de un marciano, un judío errante, un *alien* que participa y no participa del entorno. Esas ojeadas implacables hacia la gente en los pubs, que se dispone como género en los supermercados; esa desconfianza hacia el mito de lo juvenil, como una creación de las multinacionales; esa distancia hacia la jungla de anónimos que no se tocan en Lisboa, en medio de una uniformidad asfixiante. Somos como traperos del tiempo, cazando incansablemente el instante. Como no tenemos horario -incluso teniéndolo- trabajamos todo el día, pues nuestra materia prima es la vida misma, eso que hoy desaparece en las estadísticas, en la euforia del entretenimiento forzoso.

17- Apilados en los suburbios de la modernidad, algunos no pueden creerse una palabra de la ideología del progreso (p. 45), ese cuento de hadas de los medios. *Liquidación de existencias* está muy lejos de los nuevos progres encantados con el pluralismo, el oropel de la comunicación y la tecnología. De ahí esa fascinación por la vitalidad de una Galicia profunda, por Colombia y Medellín. Nuestro autor no cree en la universalidad de la democracia, este mercado que nos singulariza por igual (p. 40), generando el insípido turista que es el europeo, ese pusilánime estreñado. Cree más bien en la universalidad de una paradoja vital desde la cual se ironiza sobre la relatividad de todo lo social. Desde esa paradoja, se sufre esta hortera opulencia postmoderna que tanto fascina, este oropel de la comunicación y el pluralismo. Creo entender incluso un cierto desprecio por la publicidad, por lo que conoce ese éxito de lo visible. En realidad, no se puede relajar la distinción, una cierta aristocracia de espíritu. Un espíritu que es testigo también del cataclismo antropológico que se está ensayando en Galicia, donde la postmodernidad llega en estado en crudo, sin la trinchera de lo moderno. Lo preindustrial convive con lo "post" en una dicotomía entre la lentitud deformante y la aceleración de vértigo, el abotargamiento y el impacto, el paro y las horas extras (p. 210).

18- Desde cierta soledad, siempre echas de menos la vida y el presente se convierte en un almacén donde apilar recuerdos. Y esto sin marginarse, sin quejarse demasiado: ni pudrirse en la trinchera -las subculturas- ni enloquecer en la ventisca (p. 78). Incluso usando este íntimo aislamiento, esta íntima desconexión como arma de ataque, de penetración... De noche bebes locamente para perforar las pulidas cotas de malla de las mentes de los otros, que creen haber llegado, que creen ser modernos. Se adivinan en *Liquidación de existencias* cientos de conversaciones trasnochadas, charlas agitadas por el frenesí de las tres de la madrugada. De pequeños hemos sido tan trágicos, sabíamos tanto de la muerte, que ahora podemos ser joviales en lo peor. Es la dialéctica del monje, la contemplación, y el guerrero, la acción: el artista, eternamente adolescente, precisa de ambas (p. 120). La soledad provoca un delirante desprendimiento de bolsas de sentido. Esa experiencia del vacío es profundamente generatriz

porque la lengua brota del afuera del lenguaje, del orden mudo de las cosas. El primer lenguaje es el miedo, un grito o balbuceo anterior a todas las lenguas. La escritura misma -"el monstruo babeando de frente, envuelto en una brisa de contraluces y hormigón"- brota del roce con lo desconocido, de lo que aún carece de palabras. Por tanto, la tarea es cuidar las vacuolas de incomunicación, de desconexión, sin las cuales no hay nada que decir, nada que ofrecer, que conocer. Desde ahí es desde donde se mantiene un interruptor, un *off* de deriva (p. 119).

19- El magma del miedo y la alquimia de la autenticidad. Como si la fortaleza, al margen de nuestra cultura hipocondríaca, fuera otra cosa que empuñar ese miedo, mirarlo de frente. En todo caso, la propuesta de *Liquidación de existencias* parece ser resistirse al reciclaje infinito, a la cobertura y el recambio neuróticos, a la socialización propia de lo que hoy llamamos Cultura. Es preciso atreverse a vivir sin cobertura, a encarar el miedo, una palabra que aparece con curiosa frecuencia. En efecto, el miedo siempre regresa; lo sacas por la puerta y vuelve por la ventana (p. 204). Afrontar el miedo al miedo, a todos los miedos, es la clave, pues sólo a partir de él se conquista cierta independencia. Pero ser todos los seres (p. 109) nos permite tener la invulnerabilidad de Saturno. Nos permite la audacia, el descaro que sólo los tímidos pueden tener -lo han perdido todo, de antemano. Tímido también se es por ambición, por complejidad, por ser una máquina abierta en todas direcciones. Así, no es difícil enrojecer, como los héroes de Dostoievsky.

20- El seductor necesita enlazar con todos los seres, con el misterio que los une. Y no precisamente para acumular propiedades, sino para mantener un horizonte abierto, la cuota de enigma. El drama del seductor consisten en que si no te adoran no existes (p. 30). Pero en la seducción la materia prima siempre es el misterio, guardar una distancia entre la inevitable identidad civil y el zumbido de unas horas furtivas. Nos fascinan precisamente los seres inalcanzables porque en el tiempo del consumo -que es básicamente una maniobra de llenado del vacío- el amor es un holograma huidizo (p. 118). Por eso el trasvase de la pasión a la pareja es peligroso, nos puede hacer enmudecer. Lorenzo, como no podía ser menos en quien sabe que todo se juega abajo, mantiene una preocupación constante por el amor, por el desamor, por la relación entre el amor y la estabilidad. Cuando una pareja se rompe se libera información, dice: es la herencia del vínculo, un amasijo de dudas herrumbrosas. Y sin embargo, sólo queda amar, estrellarse, seguir. Lo otro, refugiarse en la castidad o en la compulsión sexual anónima, sería el triunfo definitivo de este blindaje privado que se ha convertido en dogma.

21- Nuestro sistema social se alimenta del desconsuelo, de la ansiedad, de las reservas de aidez. Somos una sociedad de "esclavos del mañana", como ha dicho Berger. Bajo esta ortodoxia, ¿qué podría ser aún la felicidad? Cultivar el *oído* para el aquí y ahora, para edenés que nunca llegan porque carecemos de la fórmula para detenernos, de la capacidad de llegar, de la musculatura del habitar (p. 174). En la autopista de la comunicación total moverse significa pararse o desviar la ruta. El recurso del tímido, del cínico, consiste en agazaparse en la maraña de las transparencias simultáneas (p. 51), en la velocidad del espectáculo. En otras palabras, ganarle a la velocidad del espectáculo con la velocidad de la existencia, con un sentido del humor que a veces raya el terrorismo. Esto también significa encontrar en la relación promiscua con los otros un desahogo de sí, de un sí mismo herido por el afuera. El humor diluye los grupos

del poder, del propio poder -ese que buscas como sucedáneo de ser querido- y de la propia impotencia. El humor es lo que tenemos para combinar la resistencia con la indiferencia, la cólera con la serenidad. Es la tecnología punta vital que permite que la distancia entre la realidad y el deseo no nos convierta en fanáticos.

1. Fijémonos en este curioso fragmento: "A propósito de las similitudes entre el zumbido y el ser y el subconsciente y la potencia y la energía, o entre las virutillas y los entes y la consciencia y el acto y la materia, no tengo nada que decir". Marcos Lorenzo, *Liquidación de existencias*, *op. cit.*, p. 219.